

Prólogo

En la Universidad Tecnológica del Perú buscamos que nuestros equipos reflejen la diversidad del país. Esa que hace del Perú un país rico por sí mismo, apasionado por su cultura, siempre optimista y pujante para lograr salir adelante a pesar de las adversidades.

Por eso, estamos convencidos de que tener equipos de trabajo y colaboradores diversos fomenta la innovación, la colaboración, la productividad y la empatía por nuestros estudiantes; acompañándolos en su desarrollo para transformar sus vidas.

Desde la EPGUTP sabemos el valor que esto tiene, por ese motivo elegimos una fecha, el 8 de marzo, día en el que se conmemora el Día Internacional de la Mujer, para conectar el poder y la diversidad que tenemos, desde nuestros equipos de docentes, colaboradoras, amigas, socias, que día a día hacen posible conocer y reconocer su impacto en nuestras vidas.

Nuestro compromiso para fomentar un ambiente justo, con igualdad de oportunidades para todos, y donde no toleramos la discriminación ni la violencia de ningún tipo, se reafirma por nuestros más de 3,000 colaboradores, distintos, únicos, y apasionados por la educación con el solo propósito de transformar la vida de nuestros estudiantes.

Jesús Lobo

Gerente de Gestión y Desarrollo Humano

UTP

Introducción

En conmemoración del Día de la Mujer, y reafirmando nuestro compromiso por la igualdad, la Escuela de Postgrado de la UTP presenta más de 20 historias de MUJERES EMPODERADAS que sufrieron, aprendieron, salieron adelante y estoy segura nos inspirarán a seguir avanzando y afrontar cualquier reto.

Cuando las convocamos sabíamos que tenían mucho por compartir, pero no teníamos idea de las historias de fuerza, resiliencia, amor propio, autoestima, constancia; tantos adjetivos que quedan cortos para definir el impacto que tuvieron estas historias en sus vidas.

Comenzamos con la idea de “contar historias”, pero este e-book dejó de contener historias, para ser un espacio de mujeres contando sus experiencias y aprendizajes. Ellas abrieron su corazón y nos compartieron experiencias profundas de vida. Hoy están aquí recopiladas, permitiéndonos reconocerlas desde otro lugar, ese que no habíamos tenido la oportunidad de ver, y que estoy segura llegarán a entrar en nuestras mentes y almas.

Consideramos que hemos hecho posible una nueva visión colectiva del poder que tienen para transformarse a través de sus historias, tan diferentes, pero con un mismo

objetivo: recordarnos que nuestras diferencias nos unen e inspiran como seres humanos, como mujeres empoderadas y felices.

Sentimos que no hay una mejor forma de dejar un legado que compartir nuestras experiencias de aprendizaje y resiliencia para CONECTAR con más mujeres como nosotras, ciudadanas de a pie, que nos inspiran a seguir adelante ante cualquier desafío.

Gracias, chicas, por aceptar el reto de colaborar con nuestras locuras para seguir transformando vidas.

Liliana Alvarado

Directora

Escuela de Postgrado UTP

Dentro de todas estas historias de colaboradores de EPGUTP, decidimos invitar a una mujer empoderada, sencilla, humilde y muy generosa con sus conocimientos.

Dra. Emperatriz Torres (Tita)

Tita comparte, al igual que todos los colaboradores de UTP, el enfoque en la diversidad, la diferenciación y el respeto para cada persona como un ser humano único y valioso.

Su labor es trascendente pues impacta en la vida de muchas personas, desde las primeras etapas de su educación, transformando la vida de niños y adolescentes a través de una educación emocional positiva.

Tita es reconocida por su valioso aporte a la Psicología y Educación de nuestro país y del mundo, siendo su metodología aplicada en numerosos colegios del Perú.

Entre sus principales reconocimientos destacan:

- Premio otorgado por el Colegio Peruano de Psicólogos, Premio Nacional de Psicología Educativa (2006).
- Reconocimiento Nacional de la Asociación Educativa para el desarrollo humano, por favorecer el desarrollo emocional de los educandos (2006 y 2010).

- Reconocimiento Internacional otorgado por los Centros de Desarrollo Infantil de la ciudad de Monterrey (México) y la OEA, por su dedicación al desarrollo emocional de las familias y de los niños en etapa preescolar (2010).
- Premio otorgado por el Congreso de la República por sus aportes en el campo educativo y psicológico (2014).
- Premio otorgado por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por su labor en el desarrollo emocional de los alumnos del colegio Skinner y de los diversos colegios que asesora (2015).

Adicionalmente, ha querido compartir sus principales aprendizajes en las siguientes publicaciones:

- Problemas de aprendizaje, Emperatriz Torres (1986).
- Desarrollo de la autoestima en niños y adolescentes. Emperatriz Torres & Jorge Luna (1996). Segunda edición. Lima: Centro Skinner.
- Habilidades sociales, Emperatriz Torres & Jorge Luna (1997). Tercera edición. Centro Skinner.
- Mejores padres, mejores hijos, Emperatriz Torres & Jorge Luna (2010). Lima: Corefo.

Gracias, Tita, por tu pasión y entrega por la transformación de la educación del Perú.

Liliana Alvarado
Directora EPGUTP

Una vida dedicada a la educación



Durante mis estudios universitarios en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en el año 1969, tuve mi primer encuentro con la realidad que vivían muchos de mis compañeros que provenían de diversas provincias del Perú, con situaciones económicas muy difíciles, pero con grandes deseos de superación.

Yo había nacido en el seno de una familia limeña, de padre chalaco y madre chorrillana. Estudié en un colegio religioso exigente y muy disciplinado que sembró en mí la dedicación al estudio y el apoyo a los más necesitados.

Tuve mi primera práctica profesional en el Centro de Organización Neurológica Toñito Silva, una institución dedicada a trabajar con niños con habilidades diferentes, dirigido por el doctor Antonio Silva Castellano y la señora Gerda Frankfurter, mis mentores profesionales.

En el instituto pude sentir el dolor de los padres que no comprendían los problemas de sus hijos y no sabían cómo apoyarlos.

Esto hizo que me dedicara a investigar sobre el tema, enfocando mi tesis en cómo estimular a los niños autistas, con lesión cerebral y con síndrome de Down. Tuve la oportunidad de viajar por primera vez a la Universidad de California (UCLA) a estudiar sobre autismo, y luego a la Universidad de Filadelfia a realizar un curso de postgrado sobre estimulación temprana en niños con problemas de desarrollo, con el doctor Karl Delacato.

En 1978, fundé el Centro de Nivelación Escolar y Modificación de Conducta, que funcionaba en las aulas del colegio San Julián de Barranco. Empezamos a trabajar con seis alumnos y, al cabo de seis meses, ya contábamos con más de veinte niños que iban a colegios regulares, pero que tenían problemas de aprendizaje y de conducta que les impedían seguir el ritmo de enseñanza de sus compañeros en su colegio.

Luego de esta aventura laboral y de observar que muchos alumnos necesitaban una educación personalizada que promoviera su desarrollo emocional, en el año 1983 fundamos el Colegio Skinner. De allí han egresado treinta y seis promociones de jóvenes resilientes y con alta autoestima, gracias al éxito de las nuevas metodologías educativas conductuales y psicológicas empleadas.

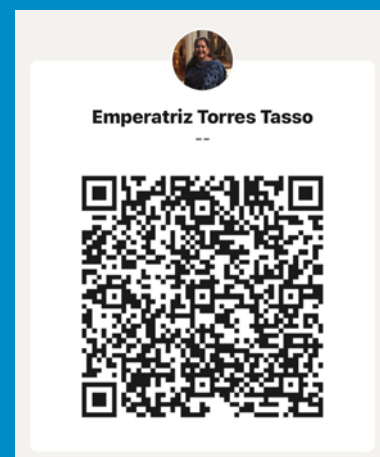
Dada la alta demanda e insistencia de muchos padres, exalumnos, educadores y amigos, fundamos la Corporación Educativa B. F. Skinner, que engloba al Colegio Skinner, los Centros de evaluación y terapia psicológica Skinner, el Centro de formación para padres y el Centro de formación empresarial, cuya finalidad es el cuidado del bienestar emocional y la salud mental de las personas.

Mis intereses profesionales han estado siempre ligados a la Psicología Educativa y la Psicología Clínica. Por ello mi preparación académica nunca se ha detenido. Estoy convencida de que el profesional debe mantenerse siempre informado y actualizado. Por ello no dejo de asistir a los diversos congresos de psicología y educación, donde no solamente aprendo cosas nuevas, sino comparto mi experiencia como educadora y psicóloga.

He sido docente en la Universidad Federico Villarreal, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Universidad de Lima, Universidad de San Martín de Porres, Universidad del Pacífico y en la Maestría de la Universidad Femenina de los Sagrados Corazones.

Hoy sigo sintiéndome feliz con la profesión que elegí. Soy consciente que es un largo camino de aprendizaje e investigación y que los psicólogos somos promotores de la salud emocional de los seres humanos.

Es por ello que tenemos una gran responsabilidad, pues de nuestro trabajo en prevención depende buena parte del éxito y la felicidad de las personas que nos acompañan en esta vida. ■



www.linkedin.com/in/emperatriz-torres-tasso-5785b38b/

De cada crisis un aprendizaje



Cuando empezó la pandemia por el Covid-19, pensé que en un mes volveríamos a la realidad. Hoy ha pasado más de un año en el que tuve que reinventarme y cambiar todo lo que hacía del mundo físico al virtual.

Una de mis especialidades es la metodología Lego® Serious Play®, donde aprendes, literalmente, trabajando con piezas Lego®. Todo mi trabajo estaba anclado en el mundo presencial. Empecé a preguntarme cómo daría los talleres o si podría despertar las mismas emociones y lograr los objetivos desde la virtualidad. Tenía millones de dudas y ninguna respuesta parecía sencilla.

Hace unos años, mientras vivía en España, el país entró en recesión debido a una crisis económica y tuve que encontrar opciones creativas para sortear las dificultades.

Al igual que aquella vez, cuando fue evidente que la pandemia no se terminaría en el corto plazo, empecé a llamar a mis amistades para preguntarles qué estaban haciendo, cómo

estaban resolviendo la crisis. Buscaba pistas en las redes para poder hacer el trabajo que tanto me gusta, pero en la virtualidad. Entonces comencé a estudiar, me apuntaba en todos los webinars, talleres virtuales y grupos de trabajo que encontraba. De cada uno aprendía algo.

Recuerdo que empecé a probar todas las herramientas que iba encontrando. Participé en un grupo de estudio para implementar la metodología de mi trabajo en las clases virtuales. Todos éramos de distintos países: España, México, Costa Rica, Colombia, Argentina y Perú. Por algún motivo, la vida nos juntó, y empezamos a probar con nuestras propias piezas Lego®. Entre sesión y sesión nos íbamos conociendo. Compartimos conocimientos, pero también nuestros miedos y dudas sobre: ¿Qué podríamos ofrecer a nuestros clientes y alumnos? ¿cómo podríamos dar nuestras clases involucrando el juego con piezas Lego® en una circunstancia global en la que tocar objetos implica un peligro?

Fue entonces cuando me volví más “informática”. Aprendí a moverme en lenguajes diferentes: Miro, Mural, Genially, Trello, Drive, Zoom, Teams. Cada plataforma era un mundo con sus dificultades y trucos. Al descubrir una nueva aplicación, me pasaba horas probándola y cuando creía dominarla, una nueva herramienta aparecía.

Comprendí que en el mundo virtual no hay límites ni fronteras para aprender; que puedes estar en reunión con gente de tu país o con personas a miles de kilómetros de distancia.

Ahora, con un poco de perspectiva, veo esos primeros meses de la pandemia con admiración, porque sentía miedo al no saber lo que vendría, pero disfrutaba aprender y encontrar respuestas a mis preguntas. Ahora lo veo: me estaba adaptando y ese proceso me llenaba de esperanzas, sin dejar de lado el dolor.

Mientras escribo esta historia, recuerdo a los seres queridos que perdí durante la pandemia y todas las veces que entraba a un Zoom con la cámara apagada para que no vieran mi rostro lleno de lágrimas. En esos momentos era inevitable preguntarme: ¿Qué estaría pasando detrás de esas cámaras apagadas como la mía?

Una vez más la vida me ha demostrado que no existe nada eterno, ni lo bueno ni lo malo. Que de las crisis lo que queda son las experiencias y las personas que nos acompañan en el camino y que para salir adelante: decidir, hacer, probar, equivocarse y volver a intentarlo es lo que me ha ayudado. ■



www.linkedin.com/in/adelazevallos

Cambiar el mal por el bien



Nací en Barranquilla, Colombia, y hace veinte años fui secuestrada por la guerrilla mientras implementaba un software en una empresa de otra ciudad. Al llegar al campamento, tropecé con dos guerrilleros que me dejaron impactada. Tuve que contener mis lágrimas y mantener la calma, porque eran unos niños, no tenían más de doce años.

Solo me retuvieron por un día, pero al llegar a mi casa lloré mucho. Sabía que no podía hacer nada por ellos, así que me propuse participar en algún voluntariado que impactara positivamente en la vida de niños y adolescentes.

Descubrí mi pasión por la enseñanza a los once años y estaba decidida a ser docente en alguna universidad. Esto lo logré dos años después del secuestro. Entonces me di cuenta que esa pasión por la educación podría ayudarme a lograr mi meta de trabajar por los niños.

Hace catorce años llegué al Perú. Este país me brindó la oportunidad de trabajar en un voluntariado como maestra de niños de una casa hogar. Algunos eran dejados allí porque sus padres no tenían cómo mantenerlos, otros fueron abandonados y otros eran huérfanos. Muchos tenían heridas muy profundas en sus corazones.

Como ingeniera sé que ante un problema debo investigar su origen. Descubrí que esas heridas en los niños eran ocasionadas por padres o adultos irresponsables...

...esto me hizo comprender que estaba en el lugar equivocado. Si quería ayudar a los niños, debía trabajar con los padres.

Es así como mi esposo y yo empezamos a prepararnos para trabajar como tutores de matrimonios en un taller diseñado para parejas con problemas en su relación.

Luego de trabajar cuatro años en el taller, nos dimos cuenta que algunas parejas mejoraban, pero otras no. Algunos pasaron por temas muy complicados en su juventud y, en otros casos, no tomaron la decisión correcta al seleccionar a la persona que los acompañaría por el resto de sus vidas.

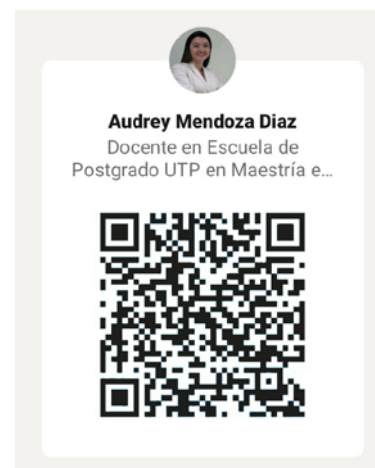
Así que procedimos a trabajar como tutores en un taller dirigido a novios y a solteros, con el fin de ayudarlos a seleccionar a la pareja adecuada y a sanar heridas de su pasado. El

objetivo era que formen un hogar sólido y cuenten con las herramientas para afrontar juntos las adversidades.

Todo el trabajo que realizamos con las parejas y los jóvenes es gratuito, porque lo hacemos pensando en impactar la vida de los niños y adolescentes de una forma indirecta. En esto se convirtió esa experiencia dolorosa de años atrás.

Mi amor por la enseñanza me llevó de docente de pregrado en Colombia, a docente en postgrado en Perú. De esta forma contribuyo en la formación de excelentes profesionales que van a transformar al país.

Soy una mujer afortunada y le agradezco a Dios por permitirme usar la pasión que hay en mi corazón, no solo como una fuente de trabajo y sustento, sino también para ayudar a muchas personas e influir en la vida de otras, inclusive en aquellas que aún no nacen. ■



www.linkedin.com/in/audrey-mendoza-diaz-aa6596a6

Una aventura en motocicleta



Decidimos viajar juntos a Santiago de Chile en su motocicleta BMW Adventure 1200 GT. Partimos de Lima a las cinco de la mañana para aprovechar el día y no viajar de noche, por si ocurría algún imprevisto.

La ruta era Lima, Ayacucho, Cusco, Arequipa, Arica, Antofagasta, Vallenar, Valparaíso y Santiago. Al llegar, descansaríamos unos días y yo tomaría un avión de regreso a Lima para volver al trabajo. Él continuaría el viaje hasta Argentina.

Rumbo a Cusco, yendo por Abancay, sentí que perdía el control del timón al girar en una curva. Me dijo: “si caemos, debemos soltarnos de la moto, porque es más grave cuando nos arrastra”. Caí sobre mi hombro y pierna izquierda, tratando de no chocar mi cabeza contra el pavimento y en microsegundos decidí que era momento de soltarme. La velocidad hizo que mi cuerpo girara. Terminé boca abajo, con los brazos extendidos, a treinta metros de la caída. Frené con la cabeza y quedé estancada en una cuneta. Él aterrizó cincuenta metros más allá, en el extremo contrario. La curva lanzó su cuerpo hacia adelante.

No sé cuánto tiempo pasó desde que sentimos el temblor hasta que quedamos tendidos en

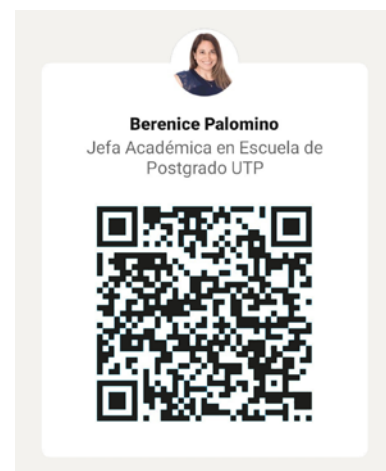
la vía. Cuando tu vida está en peligro, el tiempo adquiere otra dimensión. En esos microsegundos pensé en mis hijos, en mis padres y en qué hubiera pasado si venía un bus o un auto. Habíamos caído en una curva, por lo que no había mucha visibilidad ni espacio de maniobra. Debíamos movernos rápido para salir de la carretera.

Él se acercó a auxiliarme. Yo también estaba preocupada por él. Entre los dos levantamos los casi cuatrocientos kilos de la moto, incluidas las maletas y el top case. Se subió para tratar de encenderla y me pidió que la empujara, pero, a pesar de considerarme una mujer fuerte, no pude moverla ni un centímetro. Las suelas de mis botas resbalaban. ¡Eso había sido! Un charco de aceite ocasionó la caída. Juntos empujamos la moto fuera de la carretera. En esos instantes no sentía dolor, ni miedo. Mi cuerpo estaba lleno de adrenalina.

“Si te caes, te levantas”, ha sido un lema en mi vida. Estaba dispuesta a seguir la ruta, pero él seguía nervioso como para volver a intentarlo. Entonces entendí que es más difícil cuando no eres responsable solo de tu propia vida.

Siempre me había costado ceder el control a otra persona, pero me di cuenta de que en ese viaje le estaba confiando mi vida y él se lo tomaba muy en serio. Ese día aprendí que está bien ser vulnerable y confiarle a alguien tu bien máspreciado, si esa persona lo merece.

En esos segundos comprendí lo que tantas personas con experiencias cercanas a la muerte cuentan: que la vida adquiere otro sentido cuando estás a punto de perderla. ■



www.linkedin.com/in/berenice-palomino-99053436

**Nunca
dejes de
aprender,
porque la
vida nunca
deja de
enseñar**



Mi vocación nació cuando estudiaba secundaria en una escuela pública; tenía quince años y decidí que quería estudiar Ingeniería de Sistemas gracias a una profesora que no solo compartía su conocimiento, sino su experiencia de vida.

Ella me inspiró a investigar sobre el mundo de las computadoras, los lenguajes de programación y el pensamiento analítico cuando aún faltaban muchos años para tener una computadora en mis manos. En los años noventa, ser mujer y aspirar a ser ingeniera de sistemas era una meta retadora, pero ella decía: “Todas las dificultades se pueden superar si tenemos motivación y perseverancia”.

Incluso actualmente sigue siendo un reto. “En el Perú, según cifras de la Sunedu (2016), solo el 32 % de los egresados en carreras vinculadas al grupo de ciencia, tecnología e informática son mujeres. Se sabe además que solo el 34 % del total de investigadores registrados en el DINA son mujeres”¹. Por eso es tan importante inspirar a las niñas, adolescentes y mujeres que se desarrollan en el campo de las TIC² y/o el STEM³.

En 1991, logré graduarme como ingeniera de sistemas dentro del quinto superior en orden de mérito. Antes de culminar los estudios, fui seleccionada para ingresar a un proceso de entrenamiento en una empresa dedicada a brindar soporte en mainframes a bancos importantes del país. Comencé como practicante y llegué a ser directora.

Durante más de veinticinco años de ejercicio profesional he tenido la oportunidad y la suerte de aprender de personas inspiradoras, hombres y mujeres que me impulsaron a seguir desarrollándome personal y profesionalmente, líderes transformacionales y transaccionales que influyeron positivamente en mí.

Pero también he conocido personas con prejuicios relacionados al hecho de ser mujer, joven o tener poca experiencia. A estas personas les demostré que liderar y crear equipos de trabajo puede ser difícil, pero no imposible.

Las ganas de seguir aprendiendo y creciendo personal y profesionalmente nunca me han abandonado. Luego de mi primer hijo estudié un MBA y a la edad de cuarenta y

cinco años decidí comenzar mis estudios en un programa de doctorado semipresencial, que une dos de mis pasiones: **la tecnología y la educación.**

Pero nada de esto hubiera sido posible sin mi madre. Ella marcó mi vida de manera positiva e inspiradora. Todavía hoy es la columna que sostiene, con sus valores y consejos, a sus cinco hijos y diez nietos. Escuchar sus palabras llenas de sabiduría y certeza es una bendición. Aún agradezco su apoyo incondicional para que pudiera estudiar lo que quería y alcanzar mis metas. A ella y al amor de mi familia, mi esposo, mi hijo y mi hija, les debo estar donde estoy. ■

¹ «Niñas, ¿STEM o no STEM?». Artículo publicado el 24 de octubre de 2020 en *El Peruano*. Recuperado de: <http://udep.edu.pe/hoy/2020/ninas-stem-o-no-stem/>

² Tecnología de Información y Comunicaciones.

³ STEM, acrónimo en inglés de Science, Technology, Engineering and Mathematics. En español, Ciencia, Tecnología, Ingeniería y Matemáticas.



www.linkedin.com/in/carmenmejia

Mamá en pandemia



El día más feliz de mi vida fue cuando me enteré de que iba a ser mamá, lo había deseado tanto tiempo. Mi bebé nació a pocas semanas de entrar en cuarentena, por lo que me tocó ser madre primeriza en pandemia. He vivido el proceso de cuidar a mi bebé en aislamiento social, trabajando remoto, cuidando mi casa y emprendiendo. Pero lejos de quejarme, he decidido celebrar cada uno de los aprendizajes que esta experiencia me ha regalado. Aquí voy:

Aprendizaje 1: Mi bebé es mi prioridad, él no sabe esperar. Aprendí a amamantar mientras dictaba una clase o estaba en una reunión.

Aprendizaje 2: Decir que no sin sentirme mal. La primera vez que mi bebé se cayó del coche fue justamente cuando estaba trabajando. No hay equilibrio emocional en ese momento porque los golpes que se da tu bebé te duelen en el alma. Dejé la sala del Zoom y volé hacia él para calmar su llanto. Dije: “chamba, espérate un poquito, hoy no”.

Aprendizaje 3: Dormir es un privilegio en la maternidad. El día empieza cuando el bebé se despierta y esto puede ser de madrugada o a primera hora del día. Aprendí a reorganizar mi día en esta nueva normalidad.

Aprendizaje 4: Integrar a mi bebé en mi trabajo. Las cosas han cambiado para todos y si él me necesitaba, lo sentaba junto a mí en plena videoclase, sin sentirme mal por hacerlo. Mis estudiantes han sido maravillosos al respecto y lo han entendido perfectamente.

Aprendizaje 5: Ser compasiva conmigo. No juzgarme por hacerlo mal y disfrutar de lo que me toca vivir en el día a día.

Aprendizaje 6: Tu agenda no es tuya, sino de tu hijo. Puedes haber programado todo tu día, pero cuando tu bebé necesita de ti hay que reajustar los planes. Esto me enseñó a ser más flexible.

Aprendizaje 7: Hacer equipo para criar. Aprendí a pedir ayuda y esto incluía confiar en que otros podían hacerlo igual o mejor que yo. Esto implica soltar el control y no creer que solo yo puedo hacerlo.

Aprendizaje 8: Ser paciente. La paciencia es una virtud que los padres desarrollamos por amor a nuestros hijos. Antes de la llegada de mi hijo era la mujer más impaciente del mundo, pero con el pasar de los meses comprendí que algunas cosas solo necesitan tiempo. Practico la paciencia cuando no quiere comer y no comprendo por qué, cuando no entendemos lo que quiere, cuando queremos cambiarle el pañal, pero se mueve por todos lados, o cuando llora sin motivo.

Aprendizaje 9: Mi cama no es mi cama. Cuando tu hijo se mueve como las manijas de un reloj durante toda la noche, no esperas dormir como antes. Pero ver su carita al despertar es vitamina para mi alma. Emocionarme hasta las lágrimas cuando mi pequeño me dice “mapa” cada vez que abre los ojos, es lo que me hace verdaderamente feliz.

Aprendizaje 10: Este es el sueño más bonito. Si antes me levantaba agradecida, hoy me levanto con el mejor ánimo y el corazón latiendo a mil. Mi bebé me mostró mi lado más fuerte y de qué estoy hecha.

La maternidad me ha enseñado a no juzgarme, a ser compasiva conmigo y a no permitir que nadie me diga cómo ser una mejor mamá. Las madres lo estamos haciendo bien, porque somos el amor infinito para ese ser tan pequeñito. Todas estamos en este camino de aprendizaje. Esta historia no termina, la seguiremos escribiendo juntas, con el amor más bonito que la vida me ha regalado. ■



www.linkedin.com/in/carminbrice%C3%B1omeza

Siempre hay luz



Esa frase que dice: “Dios nunca te dará una carga que no puedas llevar, porque Él sabe hasta dónde tus fuerzas llegarán”, no solo la he escuchado, sino que la he vivido y puedo confirmar que es cierta.

Al poco tiempo de terminar el colegio decidí buscar trabajo. Pasé por entrevistas en una entidad bancaria y, en ese proceso, conocí a quien sería una parte importante de mi vida: un joven postulante, como yo. Ambos fuimos contratados y casi inmediatamente después de conocernos, nos enamoramos, nos casamos y quedé embarazada. Todo antes de cumplir los diecinueve años.

La noche en que cumplíamos nuestra primera semana de casados, riéndonos y conversando, él se empezó a sentir mal. Como sufría de asma, comenzó a sentir que no podía respirar bien y el medicamento no daba resultado. Lo llevamos a una clínica donde lo atendieron en emergencia, pero esa noche falleció de un paro cardíaco.

Mi mundo se derrumbó. En minutos pasé de sentir la más hermosa dicha, a vivir la peor pesadilla. Joven, recién casada, embarazada, a pocos meses de dar a luz, enamorada, con miles de planes hechos para tres y, de pronto, viuda. A la semana de mi matrimonio me tocó ver nuevamente a los invitados, esta vez vestidos de luto dándome el pésame.

¿Cómo enfrentar esta situación? ¿Cómo llevar adelante mi vida y la de nuestra hija sin él? Pasé por una montaña rusa de emociones. Estuve peleada con la vida y con el mundo por

un buen tiempo, hasta que entendí que ya no podía ser una adolescente, que ahora había una personita que dependía absolutamente de mí, de mis decisiones y de mi actitud ante la vida. Entendí que ser fuerte era mi única opción.

Entonces transformé mi rabia en orgullo, mi tristeza en fuerza y mis dudas en decisión. Me propuse darle a mi hija todo lo que mi esposo y yo habíamos planeado para ella. Ese sería mi mejor homenaje para él y la felicidad de mi hija sería mi objetivo absoluto.

Hoy, varios años después, estoy segura de que el padre de mi hija estaría orgulloso de lo que hemos logrado para ella y verla feliz es mi mayor dicha.

Con el tiempo, la vida y yo nos amistamos, me dio la oportunidad de conocer a quien hoy es mi esposo y con quien he formado una familia amorosa.

Sé que hay momentos en que se piensa que las cosas no pueden ir peor, pero siempre hay una luz en el camino. A veces es una luz tenue, casi imperceptible, pero una vez que identificamos ese poquito de luz y nos hacemos conscientes de que está allí, la haremos brillar cada vez más.

Sé que no hay imposibles porque lo he vivido. Lo que hay en la vida son desafíos y retos, pero si tenemos claro a dónde queremos llegar, nos preparamos y le ponemos pasión, podemos alcanzar lo que queramos. Solo hay que decidirse a hacerlo. ■



www.linkedin.com/in/catherine-prevost

El viaje de la perseverancia



Cuando tenía diecisiete años recibí el pago de mi primer trabajo. Recuerdo que llegué a casa, contenta y orgullosa, le entregué el sobre manila con mi primer sueldo a mi mamá y ella sonriente me dijo: “Ese sueldo es tuyo, tú decide qué hacer con él”. Lo primero que hice fue invitarle helados a mi familia y lo siguiente fue inscribirme en una academia de inglés. Este hito me marcó, porque me hizo sentir adulta e independiente.

Siendo la tercera de cuatro hermanos, tuve que empezar a trabajar apenas terminé el colegio. Como a muchas familias peruanas, la crisis económica de los años noventa nos hacía difícil afrontar los gastos. Mi sueño era estudiar Ciencias de la Comunicación y estaba decidida a cumplir mis metas. El primer paso era ingresar. Postulé a una academia preuniversitaria y logré una beca. Estudié durante las vacaciones de verano, también los sábados y domingos. Finalmente, mi esfuerzo dio frutos: ¡Ingresé a la universidad! Esa fue mi primera lección de vida, cuando quieres cambiar tus circunstancias primero tienes que cambiar tu forma de pensar y trabajar con entusiasmo hacia el objetivo.

Entonces, me di cuenta de que podía lograr lo que me propusiera con perseverancia. En la universidad estudié Ciencias de la Comunicación y un Diplomado en Marketing.

Mi expectativa era trabajar en una empresa importante en el área de marketing y en los últimos ciclos de universidad inicié mi viaje profesional. Eran jornadas laborales combinadas con horas de estudio para hacer mi tesis por las noches. En el camino obtuve experiencias valiosas en empresas como Coca-Cola y Molitalia. En ellas aprendí a interactuar con equipos multidisciplinarios, salir al campo a visitar comercios, relacionarme a todo nivel, conocer diferentes realidades, palpar de primera fuente al consumidor. Toda esta experiencia consolidó mi vocación por entender al cliente detrás de cada producto y contribuyó con mi madurez personal y profesional.

Cuando estaba en la dulce espera de mi primera hija, mis prioridades cambiaron. Ahora necesitaba concentrarme en mi familia, mi verdadera motivación. Por eso decidí independizarme para gestionar mis tiempos y balancear mi vida profesional y familiar. Fui socia de una empresa de investigación de mercados y me desempeñé como directora de Investigación a cargo de las áreas cualitativa y cuantitativa.

Pasé de un barco seguro, pero de más lento virar, como una corporación, a un pequeño bote, ágil y a la vez frágil: mi propia empresa.

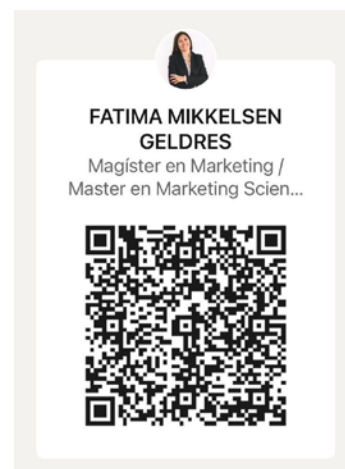
Por supuesto, me tocó afrontar nuevos retos como dinamizar focus groups, conocer problemáticas de empresas de diversos rubros y afrontar la prospección de clientes para cumplir cuotas de ventas.

El liderazgo, un mindset flexible, la autoconfianza y la capacidad de negociación fueron los grandes aprendizajes de este proyecto que, combinado con la experiencia en la

investigación de mercados, me permitieron tomar un nuevo impulso en 2014 para formar mi propio emprendimiento.

Con toda la experiencia ganada, retomé un objetivo pendiente: estudiar mi Maestría en Marketing. Me costó adaptarme al ritmo de estudio por las noches y fines de semana. Los nuevos compañeros, la diversidad generacional, la alegría de regresar a clases y la ansiedad por los exámenes fueron una hermosa experiencia. Recuerdo estar sentada en el metro de Madrid, mochila al hombro y lectura en mano, camino al campus. Eso fue una bocanada de aire fresco, un nuevo impulso que me llevó a reinventarme y a consolidar mi admiración por el mundo académico. Nunca es tarde para aprender.

Mi padre decía: “No se trata de hacer lo que te gusta, sino de encontrarle el gusto a lo que haces” y tenía mucha razón. Hoy me siento energizada y agradecida por la oportunidad de continuar disfrutando de este viaje. ■



www.linkedin.com/in/fatima-mikkelsen-geldres-73962b17

Seis momentos, seis enseñanzas



En el recuerdo más importante de mi niñez, estoy trepada en la parte delantera de un camión de mudanza cargado con todas nuestras cosas. Estoy al lado de mi papá y vamos hacia Lima. Ver de noche ese camino serpenteante que subía y bajaba lleno de lucecitas fue la antesala de una historia que estaba por escribirse en una nueva ciudad.

Los noventa fueron años difíciles, de recesión, paquetazos y terrorismo. Mis padres habían decidido que era necesario migrar a Lima desde Huancayo para habitar una casa que habían construido con esfuerzo los últimos años. Fue un cambio radical. Yo tenía apenas nueve años.

En Huancayo habíamos vivido en varias casas distintas, pero en Lima íbamos a vivir en nuestra casa definitiva. Además, estaríamos al lado de mi abuela paterna, a quien apenas conocía. Sin embargo, no fue fácil alejarme de golpe de mis primeros amigos de la infancia y de mi familia materna. Ese cambio me dio una primera lección: abrirme a nuevas experiencias y convertir a los libros en mis mejores amigos.

Los años siguientes no fueron fáciles. Salimos adelante gracias a las habilidades administrativas de mi mamá. Pero las circunstancias en casa marcaron mi aprendizaje sobre el uso del dinero y el esfuerzo que tienes que poner a cada cosa para salir adelante. Segunda enseñanza: siempre ahorra y aprende cosas nuevas para jamás estancarte.

Yo quería ir a la universidad, así que postulé a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y, gracias a mi rendimiento, logré ingresar. Ahí conocí a una mentora de temperamento fuerte y espíritu bondadoso que guió mi camino: la maestra y poeta Sonia Luz Carrillo. Ella me dio la tercera gran enseñanza: abrir mi mente a distintas realidades, siempre con ojo crítico y una mente informada y acuciosa.

Nunca me sentí en desventaja por provenir de una universidad estatal, ser provinciana y mujer, ¡todo lo contrario! Los primeros años 2000 eran malos tiempos para el periodismo, pero vi grandes oportunidades para la comunicación gracias al Internet. Aunque era algo nuevo, decidí aventurarme.

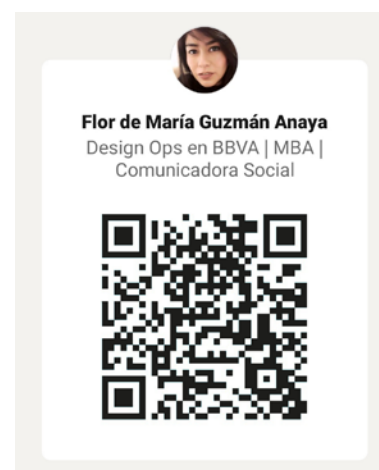
Así aprendí la cuarta lección:
no esperar a que el camino
esté hecho, sino hacerlo
yo misma.

Casi de inmediato, excelentes profesionales confiaron en mí y me dejaron liderar equipos y manejar presupuestos. Asesoré a grandes empresas del país en estrategias de comunicación e, incluso, fui asesora de un candidato que se convirtió en presidente del

país. Luego entendí que las buenas intenciones no son suficientes si no te rodeas de las personas correctas. ¡Otra gran lección!

Con desilusión me retiré de la vida política y, casi al mismo tiempo, con veinticuatro años, decidí casarme. Dejé mi trabajo en un banco para tomar las riendas de mi emprendimiento. Casi a la par, estudié una maestría en negocios y ahora también comparto mis aprendizajes como docente con una auténtica vocación de servir. Así llegó el sexto aprendizaje: nada está escrito. La vida es una vorágine, un río. Te adaptas o te adaptas.

Cada día me gusta descubrir qué nueva flor puedo ser. Quizás la maestra, la emprendedora, la consultora, la mamá o la cuentacuentos. Soy todas, no solo una. Hoy, a mis treinta y seis años, puedo confiar en que siempre seré la niña trepada a ese camión de mudanza, viendo con expectativas un camino serpenteante lleno de luces, que voy construyendo mientras lo recorro con valor y optimismo. ■



www.linkedin.com/in/flordkantu

La valentía de ser vulnerables



Como persona con discapacidad, he tomado decisiones muy valientes en mi vida, aunque algunas veces he sentido miedo a la incertidumbre.

La valentía toma su tiempo. Ser valiente implica ser vulnerables, aceptar que siempre habrá dudas y miedos que nos tocará afrontar. Esta fue una lección que aprendí de mi hijo.

Hace unas semanas, Cristóbal, mi hijo de ocho años, tomó la valiente decisión de cambiar de colegio. Si bien habíamos abierto espacios para que nos dijera lo que realmente deseaba, luego de dos años, finalmente, expresó lo que quería.

¿Por qué cuando tuviste otra oportunidad no me dijiste lo que realmente sentías?, le pregunté.

“Porque como te veía tan feliz y orgullosa de mí, pensé que yo también debía sentir lo mismo”, respondió.

Sus palabras me hicieron sentir abrumada. Me invadió una mezcla de culpa, pena, sorpresa y amor. Luego de disculparme por no haber podido “leer lo que realmente sentía”, Cristóbal me dijo muy serio: “El cole no es malo, he tenido momentos divertidos, allí está mi mejor amigo, no tengo tareas, tengo libertad, pero no me gusta del todo, no me hace feliz”. Esa última frase caló en mí.

El niño le decía a la madre que el camino había sido interesante, incluso bueno, pero que su ruta ahora era distinta. No sabe qué va a pasar ahora y esa incertidumbre le da miedo, no es fácil, pero estamos con él.

Toda esta situación me hizo pensar en mis propias decisiones valientes, las que tomé y las que dejé de tomar, influida por la percepción de las personas que más quiero y respeto.

Hace nueve años, antes de llegar a la UTP, dejé uno de los mejores trabajos que he tenido. Estaba liderando un espacio de innovación sobre videojuegos y mundos virtuales en una de las mejores universidades de Latinoamérica. Tenía libertad, había camaradería, mi jefe era un soñador, mi sordera no era problema para crecer, había espacios abiertos y muchas amistades cerca.

Tenía momentos de felicidad, estaba tranquila, me trataban bien, pero sentía que era el momento de salir, de crecer y explorar otras rutas. Muchos me decían: “Tus hijos podrían estudiar casi gratis en una de las mejores universidades, ¿estás loca!”. Lo dudé. Mi equipo me necesitaba aún, mis padres y mi esposo estaban orgullosos de mí y no sabía lo que depararía mi futuro. Pero decidí cambiar.

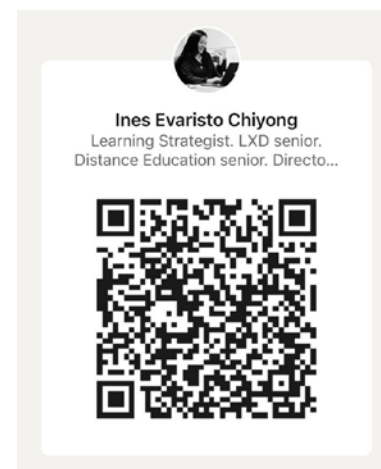
Más que una locura, decidir es un acto de valentía. Así como Cristóbal, a veces nuestro ser nos pide cambiar, vivir otras experiencias, salir de nuestra zona de confort y hacer lo que el corazón nos dice y no lo que nos aconsejan los demás.

¿Cómo se hace? ¿Cómo se toman decisiones valientes? Primero respiramos, damos apertura al enredo y a las múltiples emociones. Algunos hacen su lista FODA, otros meditan, no es algo fácil.

La vida está llena de decisiones que nos hacen vulnerables. Yo he llorado en casi todas las decisiones importantes. Cuando hay mucha indecisión, llorar es mi forma de hacer catarsis, de liberar. También me funciona conversar con personas que aceptan mi vulnerabilidad, me conocen y me hacen las preguntas que necesito, pero no deciden por mí, solo alientan mi confianza.

A muchas personas, en especial a las mujeres en espacios laborales, nos cuesta mostrarnos vulnerables ante colegas, jefes, equipos o alumnos, confundiendo la vulnerabilidad con debilidad.

Aceptemos nuestra vulnerabilidad para tomar decisiones valientes y seguir creciendo. Esta fue la lección que aprendí de mi hijo Cristóbal, de 8 años. ■



www.linkedin.com/in/inesevaristo

**Tus
sueños
pueden
hacerse
realidad, si
trabajas
por ellos**



Cuando terminé la carrera de Arquitectura en Chiclayo, mi sueño era estudiar una maestría fuera del país, pero los costos eran elevados. Revisando la oferta local, me interesó estudiar una maestría en Lima que incluía un viaje al exterior.

La maestría era costosa, pero eso no me detuvo. Tomé la decisión de mudarme a Lima y pagar mis estudios con el trabajo que iba a conseguir. Llegué con poco efectivo, alquilé un cuarto pequeño, y comencé la búsqueda de trabajo mientras, en paralelo, postulaba a

mi anhelada maestría. En mi primer trabajo, por ser de provincia y haber estudiado en una universidad nacional, no me trataron como lo merecía. Trabajé un mes y me pagaron el 50 % de lo pactado. Así “pagué mi derecho de piso”.

Pasaron los días, ingresé a la maestría y cuando debía pagar la cuota inicial y firmar unas letras de cambio estaba desempleada. Un familiar me prestó la inicial y les pedí a otros familiares que fueran mis avales. Creí que iban a apoyarme, pero no lo hicieron.

La ayuda llegó de la persona menos pensada y, al día de hoy, todavía se lo agradezco.

Mi preocupación principal era cómo iba a pagar las cuotas. Tenía tres semanas sin empleo, se me acababan los ahorros y las clases estaban a punto de empezar. Entonces recibí una llamada para una entrevista laboral. Estuve en esa empresa durante tres años a cargo del área de arquitectura y siempre me sentí apoyada. Así, terminé la maestría que tanto había soñado. En el viaje académico conocí Francia, Inglaterra y Alemania. Fue una felicidad completa y una de las experiencias más gratificantes de mi vida.

Estaba contenta por sustentar la maestría, y terminar los pagos cuando me llegó un mail sobre una beca para un MBA presencial. Era un programa de dedicación exclusiva, lo que significaba renunciar a mi trabajo. No pensé en postular, pero quien es hoy mi esposo me dijo en ese momento: “No pierdes nada presentándote”. Lo hice y gané la beca.

Sentí mucha alegría, pero también preocupación. Entre mis planes no estaba renunciar a mi trabajo. Pensé en congelar la beca, pero no era posible. Entonces mi padre me dio un gran consejo: “No pierdas una oportunidad así, las oportunidades aparecen una sola vez en la vida”.

Le hice caso y llevé el MBA. Parte de la beca incluía llevar clases en el exterior, así estuve un mes por la U. Babson College en Boston. Fue una experiencia muy interesante.

En definitiva, ambas maestrías me sirvieron mucho a nivel laboral. Agradezco a Dios y a la vida estas oportunidades. Y también me agradezco a mí misma por haber tenido la valentía de luchar contra las adversidades y no renunciar a mis sueños. Por eso sé que, cuando trabajas por ellos con decisión, los sueños pueden hacerse realidad. ■



www.linkedin.com/in/ingrid-guevara-911b2343

Lily, mi mejor maestra



Mi madre era una maestra arequipeña, muy estricta, recta y exigente. Sin importar cuál fuera el objetivo, siempre apostaba por el esfuerzo y el trabajo duro. Con ese ejemplo nos enseñó a que siempre hay que luchar hasta el final.

Su política era: “la letra con sangre entra”, pero siempre aplicada con cariño para enseñarnos el respeto por las reglas y por las personas. Sus enseñanzas venían envueltas en historias muy simples y sencillas, pero llenas de consejos para la vida.

Una de mis historias preferidas era “la información del accidente”. Los personajes eran dos amigas: una era una niña con el nombre que se le ocurría en ese momento, pongamos María, y la otra siempre era Liliana. Entonces contaba que había ocurrido un accidente en la esquina y nos pedía que fuéramos a averiguar qué había sucedido. Lo que contaba María era que habían chocado dos carros y que no había ningún accidentado. Sin embargo, Liliana decía que habían chocado dos carros, uno rojo y uno azul. El carro azul lo manejaba un señor que iba solo y estaba vestido formal, mientras en el auto rojo había una familia. El papá que manejaba el auto rojo estaba vestido con un pantalón y una camisa; la mamá era alta y los dos hijos iban vestidos con uniforme de colegio. Hoy entiendo que, con esa

historia, me enseñó a ser curiosa y a prestar mucha atención a los detalles, características vitales para mi corazón de marketera.

Yo era una niña muy inquieta y distraída. Pensaba que ella se olvidaba de que yo era su hija y no su alumna, porque me corregía y me obligaba a repetir las tareas hasta hacerlas perfectas, diciéndome que esa era la única forma de lograr avanzar. Esto me volvió muy exigente conmigo misma y con las personas que me rodeaban. Pero la vida me ha enseñado que las personas no tienen que ser iguales a nosotras para valorarlas, sino que la diversidad genera mejores y mayores resultados.

Siempre encontraba oportunidades para enseñar. Recuerdo que corría el año 70, era domingo, estaba jugando Perú y nosotros almorzábamos con algunos amigos de mis padres para disfrutar del partido. De pronto, la tierra empezó a temblar. Yo me asusté muchísimo, lloraba sin cesar...

...mi mami me abrazaba fuerte y me decía
que todo iba a estar bien, que ella estaba
ahí para protegerme.

No pude dormir esa noche, ni muchas otras, pero mamá me decía que no tenía mucho sentido todo ese miedo, que, al contrario, debía agradecer a Dios porque nuestra familia estaba a salvo.

Pasados algunos días, me preguntó: "Si pudieras regresar el tiempo atrás y volvieras a vivir ese domingo, ¿qué pedirías?". Inmediatamente le contesté: "Pediría que no hubiera terremoto". Ella me miró y me dijo: "¿Por qué no pides que vuelva el terremoto para enfrentarte

a él con valentía, pues ya sabes que va a ser solo un susto?”. Años más tarde entendí lo que me quiso decir: que aprendiera de las experiencias y siguiera adelante siendo más fuerte.

Lili Marcelo, nunca te agradecí lo suficiente por todo lo que me enseñaste con tu ejemplo. De ti aprendí disciplina, sacrificio, a ser una mujer fuerte y segura, persistente y valiente para aceptar retos y desafíos. Como cuando me dijiste que tenía que estudiar en la UNI, pues no podíamos pagar una universidad particular; o cuando me aconsejaste que aceptara la promoción que me ofrecían en mi trabajo, a pesar de que si no funcionaba me debía ir de la compañía.

Mami, siempre estás presente en mí, recuerdo mucho tus lecciones y trato de transmitirte de manera sencilla, como tú lo hacías, a cada uno de mis alumnos.

Cuando tengo que tomar una decisión que pueda cambiar mi vida, me pregunto cuál te haría sentir más orgullosa. ■



www.linkedin.com/in/liliana-alvarado-48596715

La fuerza de los milagros



La vida a veces transcurre sin que seamos conscientes de sus milagros. Nos lamentamos por cosas que suceden, sin darnos cuenta de los detalles de amor que Dios o el Universo, como cada uno lo quiera llamar, nos brindan. Esa es la razón por la cual hoy estoy aquí.

Mi esposo y yo tenemos la costumbre de viajar una vez al año para pasar tiempo con los chicos. Esa vez decidimos ir a vacacionar a Miami. Recuerdo que Sebastián tenía dieciséis años y Mafe, ocho. Disfrutamos mucho de aquellos días, pero cuando salimos del hotel, rumbo al aeropuerto para volver a Lima, noté a mi hijo acongojado y adolorido. Me preocupé porque él no suele quejarse de nada, a menos que la situación lo amerite.

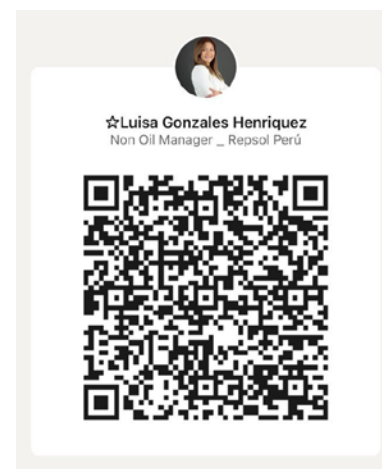
Faltaban tres horas para que partiera nuestro avión y en ese momento recordé que no había comprado seguro de viaje. Me sentí la peor madre del mundo. Consulté con una doctora, vía telefónica, y me indicó que era posible que mi hijo tuviera una apendicitis. En cualquier momento nos llamarían para abordar el avión, Sebastián tenía mucho dolor y la angustia de no saber cómo resolver todo eso me mataba.

Postpusimos el vuelo y, finalmente, apareció un bombero. Mientras nos llevaba en la ambulancia al Jackson Hospital para niños, nos aseguró que a mi hijo no le pasaría nada malo. Lo atendieron rápidamente, pero ya tenía peritonitis: había que operarlo de inmediato.

La operación fue exitosa, nos quedamos unos días más y me di cuenta de cuánto había crecido mi hijo. Esos días sentí como si el tiempo se detuviera. Fueron días de luz y aprendizaje, de descanso para los dos sabiendo que solo el amor y la paciencia lo reponen todo.

Al fin le dieron de alta. Nos dejaron salir sin pagar los veinte mil dólares que costó todo, con la promesa de cancelar la deuda apenas llegáramos a Perú. Llegamos a Lima y, como los milagros ocurren todos los días, descubrimos que mi tarjeta de crédito tenía un seguro de salud que había cubierto la operación de mi hijo. No puedo sino llamarlo: milagro.

Esta experiencia me enseñó a apreciar más los milagros diarios que ocurren en la vida. Porque todo sucede para bien. Aunque en el momento no lo entendamos, todo tiene una razón de ser mucho más profunda. ■



www.linkedin.com/in/%E2%98%86luisa-gonzales-henriquez-16955861

Lo contrario al miedo es la fe



Aunque la introversión y timidez compitieron con mi miedo durante muchos años, este último era una presencia constante en mi vida. Sentía miedo al qué dirán, al ridículo, al error, al fracaso, a dejar un mal recuerdo, a lastimar a otros y a vivir sin sentido, y por último a dejarme ver y oír en ambientes predominantemente masculinos en los que trabajé por décadas.

El miedo paraliza, es incontrolable, produce dolor y obliga a mirar por entre los resquicios de las puertas y las ventanas, intentando pasar desapercibida para que nadie se dé cuenta de tu existencia.

Aunque no superé del todo al miedo, sí aprendí a controlarlo. Ese aprendizaje sucedió en medio de una batalla que felizmente no gané.

En mi adolescencia la desconfianza se sumó al miedo y, sin quererlo, me volví agnóstica. Sentía terror a ser lastimada o decepcionada, por lo que afirmaba que la fe era solo para ingenuos, una creación mental necesaria para quienes no tuvieran la suficiente preparación

intelectual para entender que el cerebro puede hacernos creer cualquier cosa. Desde ese bastión me enfrenté a la religión y a la fe por más de un año, hasta que me rendí.

Cuando lo hice, la fe me enseñó a aceptarme a mí misma y a reconstruir mi autoestima. Fue un regalo saber que alguien me aceptaba tal como era, sin pedirme nada a cambio, sin importar lo que pensara o hiciera, ni los errores que cometiera, solo porque me amaba.

Mi autoestima, renovada gracias a la fe, me dio la valentía para exponerme al mundo a pesar de mi timidez. Acercarme a las personas me permitió descubrir lo extraordinarias que son y lo mucho que me pueden inspirar.

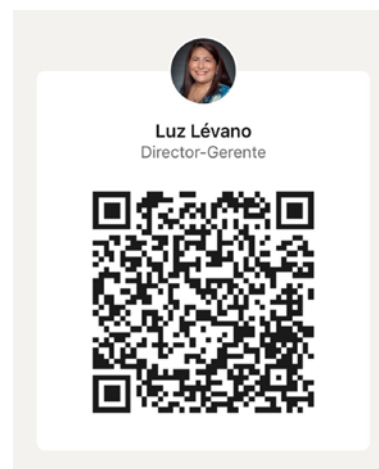
La fe no es ciega ni manca, requiere mirar a Dios cada día para entender qué le agrada; también obliga a mirarse a uno mismo, mirar al otro y mirar al mundo. Esto despertó mi apetito por servir y la necesidad de prepararme para ayudar a otros. Gracias a ella recuperé, solo en parte, la curiosidad, la imaginación y el atrevimiento que tienen, por naturaleza, los niños y los locos.

Contrario a lo que muchos piensan, la fe es dinámica, admite cuestionamientos, permite ser débil, acepta las dudas y perdona el error. A mí me invita a aprender y a desaprender, a revisar mis paradigmas, a enseñar y a involucrarme para que el mundo sea, cada día, un poquito mejor.

Otra manera de entender la fe es tener la convicción de que algo existe, aunque no lo pueda ver, como el amor, el coraje, la curiosidad, el aprendizaje, la imaginación y la autoestima.

Hoy soy una obra en progreso. Aunque mis aprendizajes son lentos y me tomó años aceptarme como soy, cuando lo hice mi forma de enfrentar la vida cambió.

Mis errores, esos terribles monstruos de antes, se transformaron en responsabilidades; las personas, en seres necesitados de atención y afecto, como yo; la adversidad y las tristezas, en motivo de gratitud; el planeta, en una misión para rescatarlo; y el día que inicia, en un mundo de oportunidades, en el que siempre podemos marcar la diferencia. ■



www.linkedin.com/in/luzlevano

Cuando servir vale la pena



Trabajé desde los 15 años dando clases de nivelación a niños de colegio. Cuando egresé de la universidad, empecé mis prácticas profesionales y no paré de trabajar por veinticinco años, quince de ellos como directiva de organizaciones privadas y públicas. Por otro lado, soy madre de un hijo universitario, esposa de un hombre trabajador y docente en la Escuela de Postgrado de la UTP.

Sin duda, el reto más grande en mi vida ha sido la maternidad. He sentido el temor de asumir el rol de profesional competitiva a riesgo de perder tiempo de calidad con mi familia. Aunque estoy convencida de que ser madre no impide mi realización profesional, he tomado decisiones difíciles que me han hecho pensar si escogí o no la mejor opción.

Tampoco ha sido sencillo ganar espacios de trabajo y ejercer funciones directivas por tantos años de manera ininterrumpida.

Un primer momento clave a nivel laboral fue mi renuncia a una transnacional petrolera. Mi familia y otras personas allegadas pensaban que algo malo me pasaba, hasta los gerentes y el CEO necesitaban saber la razón por la cual los dejaba, pero yo quería crecer y decidí irme al Estado.

Un segundo gran cambio en mi vida fue dejar un trabajo bonito y estable para trabajar en el Ministerio del Interior. Nuevamente, me llovieron muchas críticas y hasta me llegaron a decir que era la peor decisión de mi carrera, pero se equivocaban: trabajar con la Policía Nacional del Perú fue mi mejor maestría. Lograr implementar cambios importantes, como el Proyecto de Auxiliares de Policías en las Comisariías para que nuestros efectivos policiales puedan hacer seguridad ciudadana, fue un hito importante.

Finalmente, mi tercer gran cambio fue renunciar nuevamente a un trabajo que me gustaba, para trabajar en el Ministerio de Defensa, donde tengo tan solo dos meses, pero parecen años por el tamaño de la responsabilidad.

Todo este tiempo he aprendido que un líder no nace, se hace. Que debemos reconocer aquellas habilidades que nos ayudarán a ser mejores personas y trabajar para alcanzarlas.

**En mi carrera he aprendido a desarrollar
mi inteligencia emocional, a ser resiliente,
a negociar y a escoger mis batallas.**

Todo ello se lo debo a las instituciones públicas que me dieron la oportunidad de servir. Siempre quise sumarme a estos equipos, por el profundo respeto que siento hacia su cultura férrea, su formación y su admirable doctrina.

Con más de veinticinco años de experiencia, aún siento que me falta mucho por dar y tengo la energía para hacerlo, porque mi trabajo me da vida. Cada clase que dicto me recarga el espíritu. Sentir que estoy generando un impacto en la vida de al menos uno de los estudiantes me reconforta a un nivel difícil de explicar, pero que tiene que ver con mi vocación de servir, de entregar y de trascender haciendo cosas para los demás, como cuando daba clases de nivelación a los quince años.

Hay tres cosas que siempre me han ayudado: reflexionar sobre lo que quiero a futuro, aceptar el cambio y ser apasionada. Más allá de los éxitos o fracasos, siento que he construido un camino y que todo lo que hago vale la pena, para mí y para los demás. ■



www.linkedin.com/in/magali-meza-89021316

Marietta, con M de Mujer



Soy la última de cuatro hermanos y, desde que tengo memoria, mi abuela materna estuvo en muchos de los momentos más importantes de mi vida: desde mi primer diente, hasta mi matrimonio.

Ella vivía en mi casa y nos cuidaba mientras mis padres trabajaban. Recuerdo que, cuando era pequeña, solo veía a mis papás antes de irme al colegio. Ellos trabajaban muy duro para poder mantenernos y darnos la mejor educación.

Mi abuela Marietta era nuestra figura materna, paterna y la autoridad en la casa. Era firme y estricta, pero amorosa, muy dedicada y entretenida, pues siempre contaba historias y refranes. En ella veía a una mujer llena de energía, pícaro y muy ingeniosa cuando se trataba de sacar adelante a su familia.

Una de las mejores lecciones de mi vida me la enseñó una tarde mientras tejía una prenda de bebé que ella llamaba “roponcito”. Mi abuela me contó:

“Nosotras las mujeres no nos detenemos, somos muy fuertes y sacamos adelante a la familia. Cuando cumplí dieciocho años, seguía viviendo con mi madre y me obligaron a casarme con mi primo hermano. Mi esposo murió cuando el mayor de mis hijos cumplió tres años. Criar a mis hijos y buscar mi independencia me motivaron a emprender un negocio de tejidos. Más adelante volví a casarme, tuve cuatro hijos más. Vivíamos felices, hasta que mi esposo enfermó y enviudé nuevamente. Con seis hijos y sola, tuve que hacer de todo. Era maestra de un colegio, tejía y además vendía queques. Debía caminar tres kilómetros de ida y vuelta, bajo el intenso sol. Sentía cómo mis pies se quemaban al pisar la tierra caliente para llegar al colegio. En casa debía atender a mis hijos y, al anochecer, alternaba entre tejer una prenda y preparar queques para vender. Con ello apenas me alcanzaba para los gastos de la familia. Fue una época muy dura, pero con fe y mucho esfuerzo, pude salir adelante”.

Mi abuela, una mujer muy aferrada a la religión, vivió hasta los cien años. Era valiente y llena de sabiduría. Logró enfrentar el día a día con una actitud positiva que transmitía siempre en sus historias y relatos.

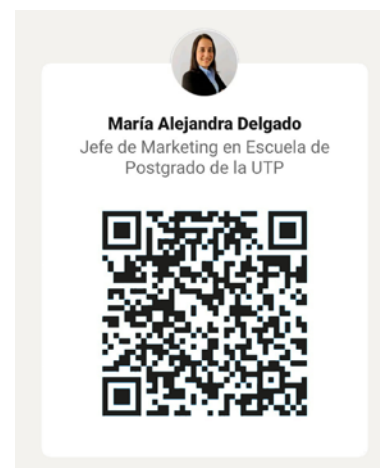
A sus noventa años ya había enfrentado la muerte de dos hijos y de su nieto más engréido, mi hermano.

A ella le atribuyo cada logro en mi vida, y le agradezco por la mujer en la que me he convertido. Nunca pensé en tener dos hijas, trabajar en lo que amo y culminar mi maestría al mismo

tiempo. Mi abuela me enseñó que el trabajo dignifica y que las dificultades en la vida son retos para hacernos más fuertes. A pesar de que ya no está en este mundo, se aparece en mis sueños para recordarme lo fuerte que soy.

Dicen que entre los abuelos y los nietos existe una conexión muy especial, que ejercen una influencia positiva para una vida más estable y segura en los niños. Yo soy la prueba de que eso es cierto.

Mi abuela Marietta me enseñó a tener una actitud positiva y a vivir mi vida con humildad; porque como ella decía: “Así como nacemos, morimos, y no nos llevamos ni la ropa que traemos puesta, ni las riquezas”. De ella aprendí que solo nos recordarán por cómo elegimos vivir la vida y la huella que dejamos en este mundo. Ella fue la prueba de que “la vida no es esperar a que pase la tormenta, es aprender a bailar bajo la lluvia”. ¡Y vaya que tú sí bailaste, Marietta! ■



www.linkedin.com/in/mar%C3%ADa-alejandra-delgado-041bb616

Un ejercicio de conciencia



A finales de febrero de 2020, viajé a Madrid para una certificación académica. Tenía el viaje planificado desde hacía mucho tiempo y todavía no cerraban las fronteras. Pero mientras estaba allá, la pandemia se extendía por todo el mundo.

Regresé a Lima lo más pronto posible y, en medio de la incertidumbre por el futuro, decidí firmar el contrato para mi casa propia. En ese momento elegí confiar.

Tomé un avión a Chiclayo para atender un tema de trabajo y aterricé justo cuando se anunciaba el primer caso de Covid en Perú. Reunida con el cliente, alertaba sobre las proyecciones de ventas y cómo prepararnos para la posibilidad de cierre. Ellos decían: “Tranquila, no va a llegar aquí”. Al poco tiempo empezó la cuarentena.

Regresé a Lima y decidí pensar en mí como lo hacía con otros. El domingo 15 de marzo, cuando se anunció la cuarentena, yo me estaba mudando con mi pareja. Salí a mi oficina para recoger mi computadora y pude ver a elegantes ejecutivos del centro empresarial corriendo en pijama, en busca de sus cosas. Pensé: “Esto nos toca a todos, no importa quién seas”.

Me tocó soltar, fluir y confiar. Mi casa se convirtió en un centro de operaciones que no paraba. Todos en el equipo estábamos conectados, trabajando.

Sabíamos que la comunicación y el diseño eran necesarios. No solo para los clientes, sino para las personas que necesitaban tener respuestas en su casa, noticias sobre su trabajo, y eso lo teníamos muy claro.

Con mi equipo abrimos un espacio gratuito de una hora al día para poner nuestras herramientas a disposición de las personas. Lo llamamos “Paradero en casa”. En el primer evento contábamos con ¡más de 400 inscritos!

Las inscripciones se hicieron por WhatsApp, no teníamos ningún canal activo con la logística necesaria, pero así hicimos las primeras sesiones. En paralelo, estaba trabajando en lo

regular y dictando entrenamientos en versión virtual. Esas herramientas me mantuvieron consciente, activa, al servicio, enfocada.

Llegó el momento en que tuve que dejar ir a algunos colaboradores. Me dolió. Día a día revisaba los números de la empresa. Debo confesar que jamás había experimentado tanto miedo, quizás porque nunca estuve tan presente. La frase “hazlo con miedo, pero hazlo” adquirió un nuevo sentido para mí y el statement de Paradero® me hacía más sentido: ¡Hazte cargo!

Hoy soy una mujer más fuerte, que continúa liderando una pyme y una mype con todo lo que eso significa. Estoy encerrada en mi casa porque soy paciente de riesgo. Agradezco, lloro, tengo miedo, pero estoy más presente que nunca. Puedo con todo, pero no podría si no tuviera un equipo, una pareja, una familia y a mis amigos que confían en mí y me han enseñado en el último año a confiar en mí. Hoy puedo decir que lo estoy haciendo, sí puedo y lo seguiré haciendo. ■



www.linkedin.com/in/mariellahague

Venciendo a la sombra



En el año 2005, la empresa para la que trabajaba me nombró Gerente General para sus operaciones en Centroamérica. Al recibir la noticia quedé en shock. Nunca pensé que mi carrera tomaría ese rumbo. Después de celebrar la noticia con felicitaciones y brindis, apareció “la sombra”.

A veces tomaba forma de miedo, otras de inseguridad, otras de Síndrome del Impostor, pero esa sombra me acompañaba siempre y me asustaba.

Mi nuevo cargo implicaba dirigir una empresa con instalaciones y equipos en varios países de Centroamérica, así como alejarme de mis amigos, mi familia y mi mundo conocido. La emoción del reto fue ganándole terreno a “la sombra” y, finalmente, me mudé a Guatemala.

Tuve la fortuna de encontrar un equipo humano que me hizo sentir en casa desde el primer día. Sin embargo, en los primeros meses, con frecuencia me preguntaba: “¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te das cuenta de que no tienes a nadie con quién celebrar una alegría, compartir una preocupación o conversar cuando no sepas qué hacer?”.

Una de las ventajas de ser introvertida es que me encuentro a gusto estando a solas, en mi propio espacio. Pero sabía que una vida sin socialización sería insostenible. Era 2005 y las redes sociales no eran tan masivas, así que no era tan fácil conversar con mis amigos en Lima.

Sabía que, por difícil que me resultara, debía salir a conocer personas nuevas. Entonces puse en marcha un plan para vencer a “la sombra”.

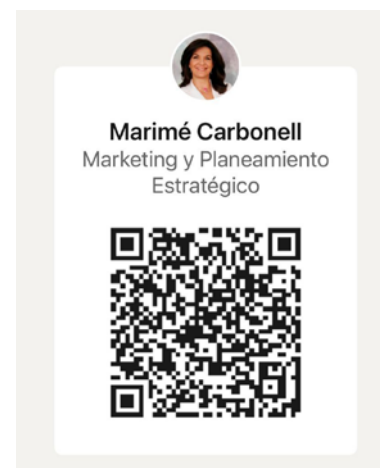
Dedicaba una hora diaria a entender el trabajo de cada integrante del equipo, y también conversábamos sobre sus vidas. Les pedía que me contaran de sus familias y de sus costumbres. Me adapté rápido al estilo corporativo porque trabajábamos juntos para lograr un objetivo. Mi verdadero reto era volver a tener un círculo social.

Se me hacía tan difícil que decidí cambiar el enfoque. Dejé de considerar la socialización como un deber y empecé a verla como una oportunidad. Ya que estaba en otro país, aprovecharía para aprender sobre su cultura. Empecé por cosas sencillas, como acompañar

a algunos compañeros de trabajo a almorzar, comiendo lo mismo que ellos. Escuchaba música tradicional guatemalteca y los fines de semana visitaba los lugares históricos o especiales. Trabajando recorrí casi toda la capital y muchos pueblos de provincia. Además, me inscribí en un grupo de lectura, un curso de fotografía y un gimnasio.

Así confirmé que los intereses comunes ayudan a entablar conversaciones. Poco a poco fui conociendo a más personas fuera del trabajo y con algunas he forjado amistades que perduran hasta hoy.

Con el tiempo tuve la oportunidad de vivir una experiencia similar en Ciudad de México. Pero cuando apareció “la sombra” de nuevo, yo ya sabía qué hacer. No iba a dejar que me impidiera conocer a personas maravillosas y hacer amigos. Ellos han sido mi valiosa recompensa por atreverme a conquistar mis miedos. ■



www.linkedin.com/in/marimecarbonell

El regalo que cambió mi vida



Declaré el 2013 como mi año. Lo esperé como una niña que sabe que irá al parque de diversiones. Sentía que no me faltaba nada, que a fuerza de grandes sacrificios había logrado lo que yo llamaba “todo”. Pero, sin duda, la vida tenía algo más para mostrarme.

Ese año cumplía veinticinco años de casada; mi hija mayor terminaba su carrera en Holanda e iba rumbo a una maestría siguiendo su pasión por ser científica; yo ocupaba un cargo gerencial en un importante operador logístico. Me jactaba de gerenciar tres empresas. Era una workaholic. Me gustaba regresar tarde a casa luego de haber tomado grandes decisiones.

Vaya tipo de felicidad.

Cuando creí que no tenía nada más que pedirle a la vida, su respuesta me sorprendió.

El sábado 11 de mayo de 2013, justo antes del Día de la Madre, recibí el mejor regalo de mi vida pero envuelto en un papel horrible, venía sin moño y sin tarjeta.

“Tienes cáncer, Nancy, por el tipo de tumor, es muy agresivo”. La frase retumbó en el consultorio del doctor.

Lo único que mis labios pudieron balbucear en ese momento fue: “¿Me puedo morir?”

Sí, fue la respuesta del doctor, pero no te angusties, hoy seis de cada diez mujeres lo superan.

Así empezó mi lucha en una batalla que yo no había querido, ni pedido. Inició mi proceso de cambio, pero no hubo lágrimas. En aquel entonces, yo no me permitía mostrar mis emociones, ni me gustaba mostrarme vulnerable.

Si alguna vez soñé con sacarme el premio mayor, ese mayo del 2013 logré todo lo que los médicos nunca desearon: un tumor muy agresivo, cáncer triple negativo, metástasis en ganglios, mastectomía radical del seno y dieciséis quimioterapias.

Por primera vez en mi vida, a mis cincuenta años, aprendí el verdadero significado del para qué y dejé de lado el porqué.

Aprendí a quererme, a mirarme al espejo con mis cicatrices de guerra, a sentir que, sin cejas ni pestañas, calva, sin seno, era bella. Me sentí más mujer que nunca con el derecho de decir “quiero estar sola” o “necesito un abrazo”.

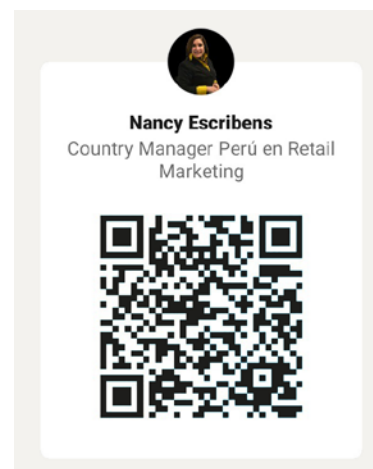
Siempre había sido yo la que cuidaba de otros. Esta vez me permití ser cuidada, reírme de mí y encontrar a la verdadera Nancy, que no era tan feliz en el entorno corporativo como pensaba. Me faltaba realizarme y trascender, alcanzar mi sueño de joven: la docencia.

Hoy soy maestra, no solo en mi escuela UTP, también apoyo a mujeres a encontrar su camino, enseño que no hay que dejar de lado los sueños, que debemos perseguirlos y luchar por ellos.

¿Cuántas cosas dejamos de hacer por creer que somos egoístas al pensar en nosotras?

Después de esa dura experiencia, me dediqué a mí por primera vez, sin sentirme egoísta por pensar primero en lo que yo quería.

Hoy en día tengo muchas cicatrices en el cuerpo, pero no en el corazón y puedo decir que realmente soy feliz. ¡Hoy soy maestra! ■



www.linkedin.com/in/nancy-escribens-2a909ab0

Cuando la burbuja se rompe



Cuando era niña soñaba con poder curar a las personas y ese sueño me llevó a pensar que lo mejor era estudiar Medicina. Para estudiar en la universidad, a los dieciséis años tuve que mudarme a Arequipa. Vivir sola me hizo madurar rápidamente y asumir toda la responsabilidad de mis actos.

Estudí un ciclo de la carrera, pero con los meses descubrí que eso no era lo que yo estaba buscando, que mis deseos de ayudar a las personas tenían otra dirección. A mis padres les costó un poco aceptarlo, pero respetaron mi decisión de estudiar Ingeniería. Sin embargo, ellos también tenían noticias: se separaban. Papá se iba de la casa.

En ese momento sentí cómo explotaba la burbuja de mi infancia feliz en Ilo y mi vida “perfecta”. Era el año 2000 y yo sentía que había llegado el “fin del mundo” para mi familia.

Vivimos momentos duros en los cuales me tocó sacar fortaleza para acompañar a mi madre y hermanas en este difícil proceso que vivíamos las cuatro.

Con la separación, vinieron los problemas económicos. Yo no quería abandonar mis sueños de seguir una carrera profesional, pero para costearla tuve que empezar a trabajar apenas cumplí dieciocho años. Trabajar y estudiar a la vez no es fácil, se necesita el doble de esfuerzo. Recuerdo las amanecidas estudiando o haciendo tareas, porque no podía darme el lujo de desaprobarme ningún curso; o las horas extra en el trabajo para poder pagar mi carrera y mis gastos en una ciudad distinta a la mía.

Quería ayudar a mi mamá. Ella y mi abuelita hacían todo lo que podían para sacarnos adelante a mis hermanas y a mí. Incluyendo levantarse a trabajar a las dos de la madrugada para vender desayunos.

Salir de casa a tan corta edad para vivir sola, estudiar y trabajar a la vez fue un reto difícil, que me enseñó el valor de las cosas y que cada logro cuesta.

Así como la importancia del amor de la familia para sostenerte a pesar de la distancia y lo vital que es llevar tus valores siempre bien puestos.

Las experiencias vividas me han hecho crecer como persona y desarrollar esa empatía tan necesaria para asumir el rol que tengo hoy en día: liderar equipos de ventas con personas tan distintas y complejas, pero con sueños y familias que dependen de ellas.

Trato de identificarme con cada colaborador que trabaja conmigo, verme reflejada en su labor del día a día, en su preocupación y en sus ganas de salir adelante. Las mismas ganas que yo tenía cuando mi “burbuja” reventó y entendí que apoyarnos y trabajar juntos es la mejor manera para salir adelante. ■



www.linkedin.com/in/paola-carpio-lara-18570597

Elegir la vida



Tenía dieciocho años y muchas ganas de divertirme en aquellas vacaciones de verano, porque el año anterior me había dedicado solo a estudiar para ingresar a la universidad. No podía imaginar que sufriría aquel horrible accidente automovilístico que me dejó tirada en la pista, tapada con periódicos porque me habían dado por muerta.

El diagnóstico fue: conmoción cerebral, cuatro costillas rotas, hueso temporal roto y brazo izquierdo totalmente desgarrado por el microbús que impactó el lado de la puerta donde yo viajaba. Quedé inconsciente. Al despertar en la clínica, no recordaba nada de lo sucedido.

Al llegar a casa, luego de que me dieran de alta, advertí que no solo no disfrutaría mis vacaciones, sino que estaría largos meses en recuperación. Mi brazo fue reconstruido con cirugía plástica, ocho metros de sutura y cuatro horas de operación. “Tu brazo no va a quedar bonito, pero no te acomplejes”, me dijo el médico cirujano en la primera curación.

Mi rabia contra la vida y lo que me había sucedido era grande. No me parecía justo. No podía ir al baño sola, no podía respirar del dolor en las costillas. Además, el brazo me iba a quedar deforme. A los 18 años, todo eso era motivo de angustia y tristeza.

¡Menos mal que es el brazo izquierdo!, me decían.
¡Soy zurda!, respondía con amargura.

Mi malhumor se hacía más evidente cada día que pasaba porque no podía divertirme ni salir con mis amigos.

Luego de unas semanas fui al otorrino. El golpe en el lado izquierdo de la cabeza había sido muy fuerte. Había perdido el 70 % de la audición en ese oído y no lo recuperaría de ninguna forma por el grave efecto del traumatismo.

Ese día, el doctor pronunció la frase que marcaría mi vida de allí en adelante, me hizo despertar y entender muchas cosas:

“Hijita, Dios te quiere para algo
en el mundo. Has vuelto a nacer”.

Fue como un remezón. Algo pasó en mí al escuchar esas palabras. Hoy lo llamaríamos “un cambio de chip”.

Llegué a casa y vi todo diferente. Me di cuenta de que mi situación era insignificante en comparación con los sufrimientos y las desgracias de tantas otras personas. Que estaba viva, eso era motivo más que suficiente para estar agradecida. Aprendí que crecemos y maduramos no en el bienestar, sino en el dolor. Comprendí que de todo lo malo que nos pasa, siempre podemos sacar algo bueno.

Pasé los años siguientes buscando la misión que la vida me deparaba. Finalmente, entendí que mi misión era ser, cada día, una mejor profesional, una mejor persona y poner pasión en todo lo que hiciera.

Aprendí que no podemos controlar lo que nos pasa, pero sí cómo reaccionamos ante ello; que debemos disfrutar los momentos felices, pero nunca evadir los problemas ni los obstáculos, porque es a través de ellos que aprendemos las lecciones más importantes de nuestra vida.

Hay una frase de Carl Jung que resume muy bien mi actitud tras esta experiencia: “Yo no soy lo que me sucedió. Soy lo que elijo ser”. Podemos elegir ser víctimas o arquitectos de nuestro destino. Por eso: ¡GRACIAS A LA VIDA POR LA VIDA! ■



www.linkedin.com/in/pilar-tabja-7261a921

El dolor como maestro



Comenzó con un cansancio inexplicable y dolores articulares. Al principio lo traté como una gripe fuerte, pero los síntomas seguían empeorando. Pasé por la consulta de varios médicos y el primer diagnóstico fue hipotiroidismo.

Los meses siguientes los síntomas empeoraron: dolores muy fuertes, problemas en la sangre, exámenes, hospitalizaciones, una dramática pérdida de peso e inmovilización parcial de mi cuerpo hasta el punto de necesitar ayuda, incluso para comer. Yo tenía veintiséis años, me acababa de graduar en Psicología y trabajaba orientando a jóvenes y adolescentes. Nada de esto era parte del plan.

La lista de medicamentos era interminable, tenía consultas con distintos especialistas al menos una vez a la semana, sentía mucho dolor y dependía por completo de mis padres. Como es natural, todos mis planes cambiaron.

Tuve una conversación importante con mis padres y les expliqué el temor que sentía de depender siempre de ellos y la incertidumbre sobre mi futuro. Mi madre respiró profundo, pude percibir su dolor al verme mientras me explicaba que, pese a todo, ellos siempre iban a estar para mí y que nunca dejara de creer y tener fe.

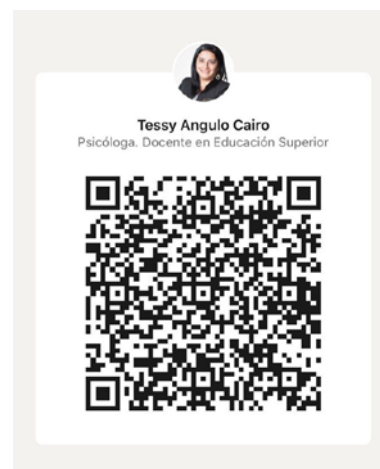
Tras un año de seguir tratamiento y cuidados para mi estado físico y emocional, pude empezar a recuperarme. Encontré una oportunidad que me permitió seguir haciendo lo que me gustaba: fluir, facilitar, aprender, estar en contacto con la esencia humana y retarme día a día, la docencia.

Hace ya quince años de ese primer diagnóstico y, desde entonces, cambié la manera de llevar mi vida. Aprendí a ver de otra manera incluso las peores noticias, a tener paciencia para recuperarme y a pensar siempre en las soluciones en lugar de detenerme en los problemas.

Todos adquirimos nuevas perspectivas, desde mi familia hasta quien en ese entonces era mi novio y ahora es mi esposo. Rediseñamos las noticias, les dimos otro sentido, encontrando un “para qué” a todo.

Fue hermoso reafirmar nuestra voluntad, vocación y fe. Aprendimos tanto que hoy me atrevo a decir que ese punto de quiebre fue necesario.

Las familias se unen más en los momentos difíciles. Por eso mis hermanos y yo recordamos las palabras de mi madre, quien también ha sobrevivido a dos diagnósticos de cáncer en estos últimos ocho años: “La familia siempre estará para ti”. ■



www.linkedin.com/in/tessy-angulo-cairo-b9488845

Una huella indeleble



Tengo una cicatriz en la mano derecha, mi piel está contraída entre la palma y el dedo meñique. Esa marca me recuerda que le debo la vida a mi abuela Luisa.

Yo buscaba un tajador para terminar una tarea, cuando quedé prendida de un cable expuesto que colgaba de un pasillo. Conservo nítido el recuerdo: el cable actuó como un imán, me lanzó al piso, caí sentada y una energía extraña controló mis movimientos. Quería gritar, pero no podía. Los espasmos lanzaban mi cabeza contra la pared.

Cuando me empezó a faltar el aire, pensé que podía morir. No me dolía, pero sí me asustaba. Si yo moría, mi abuela lloraría mucho, mi madre se desesperaría cuando le dieran la noticia al llegar del trabajo, mi única hermana se quedaría sola, aunque seguro se adueñaría de mis viejos colores. Eso me parecía la muerte a los ocho años.

Mi abuela estaba cocinando, cuando milagrosamente se asomó a ese pasillo. Hasta ahora no he visto una expresión más perfecta de terror que la de su rostro al verme en el piso,

convulsionando, con el cable en la mano. Miró a su alrededor y tomó una escoba. La usó con tanta violencia que logró cortar el cable en dos de una sola embestida. Luego me guardó en su pecho, llorando.

Pero mi abuela no solo me salvó de una muerte segura, sino también de un futuro incierto y del trauma de un abandono.

Durante muchos años fue quien amortiguó las secuelas de la desaparición de mi padre, un hombre de pies inquietos. Yo tenía mil preguntas, pero papá era un tema prohibido. Mamá nunca me lo dijo, pero cuando descubrí las fotos familiares recortadas entendí que era mejor no hablar. Solo con mi abuela conversaba, a escondidas, sobre él.

Yo preguntaba y ella respondía. Eso fue completando las piezas del rompecabezas que era mi vida.

En todos los recuerdos de mi infancia está ella. En las trenzas que me hacía para la escuela; en el sabor particular de las menestras que yo detestaba comer; en las actuaciones del colegio; en la primera vez que intenté cocinar. El segundo boleto que daban a los padres en las graduaciones era suyo y siempre guardó celosamente mis secretos amorosos.

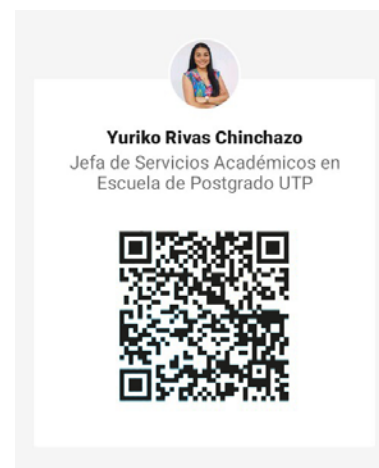
Mi abuela era una mujer de carácter fuerte. Una figura de autoridad que me enseñó el sentido de la justicia, que todo se logra con esfuerzo, que la educación es lo más valioso que los padres pueden dejar a los hijos y que, por encima de la justicia, siempre está la bondad.

No sabía leer, pero la vida le había mostrado más que los libros.

La recuerdo con su humor vivaz, sus ojitos pequeños y ese andar seguro. Ella me dio la seguridad que necesitaba y siempre creyó en mí, incluso cuando yo no lo hacía.

Se le apagó la vida a los 72 años. Aunque era muy fuerte, cuando despertó de un profundo sueño de quince días, se le veía cansada. El asma que padeció durante cincuenta años se la llevó.

Una pérdida así nunca se supera, solo se aprende a vivir con ella, porque las personas especiales nunca se van del todo. Se quedan en el olor de las tardes, en las canciones de la radio, en el sabor a mazamorra de calabaza y hasta en una cicatriz como la mía, por donde casi se me escapa la vida hasta que mi abuela me la devolvió. ■



www.linkedin.com/in/yuriko-rivas-chinchazo-4385b570

PARADERO

Concepto, diseño y diagramación

www.paradero.pe



Corrección y revisión de estilo: Always ON



Universidad Tecnológica del Perú

Escuela de
Postgrado